

CNT

ORGANO DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO

ño VII Número 881 Madrid, jueves, 14 de abril de 1938

¡POR LA VICTORIA!

Todo el pueblo se ha puesto en pie de guerra

Los antifascistas de esta región del Centro, y especialmente los de Madrid, ciudad sin retaguardia, donde constituyen una excepción quienes viven de la guerra en vez de vivir para la guerra, tenemos una angustia que nos expresábamos a solas, sin levantar la voz, con esta palabra: Barcelona. Porque en Barcelona, desde hace muchos meses, como anteriormente en Valencia o tal vez con más intensidad, se estaban desarrollando costumbres extraordinariamente peligrosas para la causa antifascista.

Toda Cataluña adolecía de penurias semejantes a las que ha soportado Castilla. Pero, al mismo tiempo, allí había cabarets, restaurantes de lujo, centros de diversión y de placer, donde se daban cita los frívolos, los que delictivamente disfrutaban de un nuevo privilegio, los especuladores, los vagos, los derrotistas, los agentes de Franco, los desertores de altura... Y allí había fábricas donde se trabajaba únicamente un día a la semana y se cobraba a base de aumentar exorbitantemente el precio de los productos, el jornal de una semana completa. Y había obreros que se habían olvidado de su Sindicato, de las tareas que en él se estudian y del ambiente moral que en él se respira. Y se recibía la impresión de que eran muy pocos quienes estaban dispuestos a cumplir las penosas obligaciones de esta hora, a combatir por algo más alto que un interés personal, a defender esta causa en la que hemos centrado la vida de todos, la libertad de cada uno y la independencia nacional.

Por muy diversas causas, la moral de guerra de quienes íbamos de Madrid a Barcelona recibía allí una impresión triste, dolorosa, indignante o depresiva. Y todos los de aquí, socialistas, republicanos, comunistas o anarquistas, hemos tenido que decir a nuestros compañeros de allá que reaccionaron energicamente contra el espectáculo que presenciábamos con asombro, contra el progresivo abandono de los deberes principales, contra la desigualdad económica que insultaba a los trabajadores y a los combatientes, contra todos los vicios capaces de roer la médula de nuestra causa.

Nadie hablaba en público del mal advertido por todos. Pero en cada pecho antifascista, en cada conciencia de hombre entregado a la guerra, aletania la angustia de que hemos hablado al principio. Y he aquí que hoy, por fortuna, aquella angustia se convierte en satisfacción. Seguros estamos, desde hace mucho tiempo, que los acontecimientos de los frentes suelen tener su explicación, y aun su causa, en los que previamente se producen en la retaguardia. A una retaguardia que no estaba a la altura de las exigencias del momento ha correspondido un frente roto. A una retaguardia en la que el Gobierno ha-

VANGUARDIA TRABAJADORA EL EJEMPLO DE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES

El acuerdo mancomunado entre la Casa del Pueblo y la Federación Local de Sindicatos, de Madrid, viene a poner, de modo responsable, en tensión las energías de la clase trabajadora madrileña, por y para la guerra, única preocupación que puede tener legítimamente en la hora difícil por que el país atraviesa, la España antifascista.

En la primera de las conclusiones de ese acuerdo se dice, de modo textual:

"Mantener los acuerdos por ambas Organizaciones de consiliación movilizadas para la guerra a todos los hombres comprendidos en las edades de diecisiete a cuarenta y cinco años, ambos inclusive."

A los efectos de la movilización, no reconocemos más autoridad que la del Gobierno de la República, por conducto de su Ministerio del Interior.

Como verá el lector, se recoge íntegramente el acuerdo tomado sobre el particular en el Pleno de Comités y militantes de la Federación Local de Sindicatos, que se celebró no hace muchos días y que tantos elogios mereció por parte de la Prensa socialista.

Ahora se le da mayor validez, adoptándolo como medida general de ambas Organizaciones sindicales, y de tal manera ponen ellas a disposición del Gobierno-único capacitado para hacerlo con autoridad indiscutible—los hombres que necesitamos según las exigencias del momento.

Nadie puede eludir así la obligación en que está de prestar su esfuerzo a la causa común, ni tampoco se deja a la improvisación de cualquier indolencia particular la práctica de deberes que a todos nos corresponden. Para nadie es un secreto que la iniciativa privada adolece de yerros graves. En primer lugar, porque se presta a maniobras de cierto tipo que en la hora actual nos han de estar vedadas a todos. Y en segundo, porque no pueden tener el carácter impositivo y obligatorio que sólo asumen las disposiciones gubernamentales. Por otra parte, la acción del Gobierno, sobre todo en períodos como el presente, no puede ser coartada ni mediada por extrañas interferencias. Un Gobierno de guerra, como el actual, debe conservar enteramente libre su facultad rectora y administrativa, ya que los Sin-

Albergue para
aque los que han
quedado sin casa,
lo busca S. I. A.

RECHAZAMOS PARA SIEMPRE TODAS LAS ILUSIONES ENGAÑOSAS A solas con nuestros enemigos, debemos formar un bloque sólido, una sola voluntad lanzada sobre el blanco de la victoria

Nuestro querido compañero Eduardo de Guzmán, director de "Castilla Libre", pronunció anoche, por la radio, un vibrante discurso, lleno de emoción y de fe, empapado de realidad y de espíritu. El gran escritor confederal trazó vigorosamente a la España antifascista el cuadro de nuestra guerra, y de manera enérgica y viril señaló el camino que hay que seguir para lograr la victoria. He aquí sus palabras alucinadoras y entusiásticas:

Compañeros:

Vivimos hoy una hora agria y difícil de nuestra contienda, un instante crítico, en que puede resolverse la suerte de todo un país. La guerra, no lo olvidemos, tiene perfiles agudos y dramáticos desde su comienzo hasta el final. Pero, aun dentro de la intensidad constante y emocional de la pelea, hay un día, un minuto o un segundo que adquiere caracteres decisivos, porque en él se juega por entero la libertad de un pueblo. Y en ese momento, precisamente en el que nos encontramos nosotros ahora, Y nos encontramos—rechacemos de una vez para siempre todas las ilusiones engañosas—a solas con nuestros enemigos, a solas con nuestros deberes y a solas con ese aspecto, que no imitemos a quienes, para librarse de prestar su concurso, vociferan ayudas que nunca llegan.

No esperemos que los demás hagan aquello que nosotros mismos hemos de hacer. No pongamos nuestra ilusión de victoria, nuestra esperanza de triunfo, en lo que decantan estas o aquellas democracias, sino en lo que podamos decidir nosotros a fuerza de trabajo y de heroísmo. Pensemos cuidadosamente que el capitalismo inglés sólo nos ayuda cuando fuéramos, más que españoles libres, más que proletarios con un noble ideal de redención en el cerebro, servidores incondicionales de la City, siervos del imperialismo británico, como cualquier indostánico o malayo. Pensemos que el capitalismo francés sólo nos prestaría lo que su apoyo, cuando viera en nosotros utilidad y provecho se merecía a los que pueda extraer de sus colonias africanas o asiáticas. Como o luchamos precisamente por ser libres, porque lo vemos nosotros individualmente y lo sea como colectividad nuestra Patria; como rechazamos con gesto altanero toda humillación y toda yugo; como sabemos morir antes que besar la bota de un tirano, sólo quienes sean auténticamente libres, quienes no tengan lazos de unión con el capitalismo mundial, quienes sientan en lo más hondo el mismo noble anhelo de libertad que nos alienta y nos guía, pueden ayudarnos, apoyarnos, defendernos. Y esos, hoy por hoy, no son más que dos países: Rusia y México.

Las Internacionales Obreras no han estado a la altura de su misión. Queda también el proletariado mundial. Pero ¿qué hace el proletariado mundial que no ayude en nuestra causa? ¿A qué espera para decidirse? Dígamoslo sin ambages ni rodeos: a perder su miedo físico a la guerra. Miedo a la guerra que alcanza por igual a todos. Miedo a la guerra, que les hace contemplar con cierta indiferencia los sufrimientos ajenos. Miedo a la guerra, que no les deja comprender que si los cañones de la agresión fascista resuenan hoy en España, mañana retumbarán en esos pueblos donde los trabajadores se consideran seguros y leen con horror el relato de las batallas, entre cuyo extático vívidos nosotros. Las Internacionales obreras no han sabido reaccionar frente a ese temor. Las Internacionales obreras no han estado a la altura de su misión. Y no lo han estado porque las secciones nacionales que las forman y las integran se no han sabido colocarse en el terreno de virilidad y energía que las circunstancias exigen. Ahí están los trabajadores franceses, sin acañar de reaccionar violentamente frente a las provocaciones fascistas; ahí los belgas, consintiendo la turba política de Spaak, servidor encubierto de Hitler y Mussolini; ahí los ingleses, tolerando la actuación de un Chamberlain, que acepta sonriente la bofetada que para el orgullo británico representa la guerra de los desastres del país. Las taras de un remoto pasado y las de un presente opresivo de iniquidad, vinieron abajo con estrépito. En el suelo español comenzaba a vislumbrarse una mañana en la que las clases humildes, el proletariado, pusieron confianza y fe. La ciudad y el campo roncaban a la esperanza reivindicadora. La explotación del hombre por el hombre pasaba a ser un recuerdo...

Pero la República tenía enemigos. Unos, encubiertos; otros, que, solapadamente, vendiendo una amistad que estaba muy lejos de sentir, se prestaban a combatir. Los oligarcas no se resignaban a la derrota. Su ferocidad había de estallar. Un ambiente enrarecido embudo el legítimo triunfo del régimen democrático que el pueblo, aborrazado, se dio a sí mismo el 14 de abril. La manobra reaccionaria se iba fraguando entre sombras. Y la negligencia o el apatía de los gobernantes de entonces no lo advertió a tiempo. Y así pudo llegar el famoso, bien negro, introito de la sublevación, más tarde puesta en armas al pueblo antifascista.

Recordemos la lección

Hace ahora siete años vibraba todo Madrid, mientras hacia Cortagena corría el monarca vil, y ya sin odio, contra "Mueran la Guardia civil! Mueran Berenguer y Mola! Viva el 14 de abril!"

Al trabajo volvió luego con alegría infantil. Y, poco a poco, las fieras salieron de su cubil: salió el cardenal Segura; salió el fraileto corral; salió la solana negra; salió la toca monja, y el comerciante atolista, y el usurero reptil, y el rastreador burocrata, y el mecapulso avil...

Y, poco a poco, los hombres que con carácter viril protestaban de la burla, fueron entre los justos, de aquellos que se escudaron cuando el 14 de abril se gritaba: "Mueran Mola, mueran la Guardia civil!"

¡Acordaos, españoles, y que no vuelva a ocurrir! El 14 de abril que el pueblo grite orden es que hay que cumplir.

Antonio AGRAZ

Romances de CNT

Recordemos la lección

Hace ahora siete años vibraba todo Madrid, mientras hacia Cortagena corría el monarca vil, y ya sin odio, contra "Mueran la Guardia civil! Mueran Berenguer y Mola! Viva el 14 de abril!"

Al trabajo volvió luego con alegría infantil. Y, poco a poco, las fieras salieron de su cubil: salió el cardenal Segura; salió el fraileto corral; salió la solana negra; salió la toca monja, y el comerciante atolista, y el usurero reptil, y el rastreador burocrata, y el mecapulso avil...

Y, poco a poco, los hombres que con carácter viril protestaban de la burla, fueron entre los justos, de aquellos que se escudaron cuando el 14 de abril se gritaba: "Mueran Mola, mueran la Guardia civil!"

¡Acordaos, españoles, y que no vuelva a ocurrir! El 14 de abril que el pueblo grite orden es que hay que cumplir.

Antonio AGRAZ

Romances de CNT

Recordemos la lección

Hace ahora siete años vibraba todo Madrid, mientras hacia Cortagena corría el monarca vil, y ya sin odio, contra "Mueran la Guardia civil! Mueran Berenguer y Mola! Viva el 14 de abril!"

Al trabajo volvió luego con alegría infantil. Y, poco a poco, las fieras salieron de su cubil: salió el cardenal Segura; salió el fraileto corral; salió la solana negra; salió la toca monja, y el comerciante atolista, y el usurero reptil, y el rastreador burocrata, y el mecapulso avil...

Y, poco a poco, los hombres que con carácter viril protestaban de la burla, fueron entre los justos, de aquellos que se escudaron cuando el 14 de abril se gritaba: "Mueran Mola, mueran la Guardia civil!"

¡Acordaos, españoles, y que no vuelva a ocurrir! El 14 de abril que el pueblo grite orden es que hay que cumplir.

Antonio AGRAZ

Romances de CNT

Recordemos la lección

Hace ahora siete años vibraba todo Madrid, mientras hacia Cortagena corría el monarca vil, y ya sin odio, contra "Mueran la Guardia civil! Mueran Berenguer y Mola! Viva el 14 de abril!"

Al trabajo volvió luego con alegría infantil. Y, poco a poco, las fieras salieron de su cubil: salió el cardenal Segura; salió el fraileto corral; salió la solana negra; salió la toca monja, y el comerciante atolista, y el usurero reptil, y el rastreador burocrata, y el mecapulso avil...

Y, poco a poco, los hombres que con carácter viril protestaban de la burla, fueron entre los justos, de aquellos que se escudaron cuando el 14 de abril se gritaba: "Mueran Mola, mueran la Guardia civil!"

¡Acordaos, españoles, y que no vuelva a ocurrir! El 14 de abril que el pueblo grite orden es que hay que cumplir.

Antonio AGRAZ

Romances de CNT

Recordemos la lección

Hace ahora siete años vibraba todo Madrid, mientras hacia Cortagena corría el monarca vil, y ya sin odio, contra "Mueran la Guardia civil! Mueran Berenguer y Mola! Viva el 14 de abril!"

Al trabajo volvió luego con alegría infantil. Y, poco a poco, las fieras salieron de su cubil: salió el cardenal Segura; salió el fraileto corral; salió la solana negra; salió la toca monja, y el comerciante atolista, y el usurero reptil, y el rastreador burocrata, y el mecapulso avil...

Y, poco a poco, los hombres que con carácter viril protestaban de la burla, fueron entre los justos, de aquellos que se escudaron cuando el 14 de abril se gritaba: "Mueran Mola, mueran la Guardia civil!"

¡Acordaos, españoles, y que no vuelva a ocurrir! El 14 de abril que el pueblo grite orden es que hay que cumplir.

Antonio AGRAZ

fácil ni el triunfo se nos sirva en bandeja de plata. Hemos de seguir un camino tan áspero y tan duro como el recorrido hasta aquí. Más aún porque las dificultades son mayores y el enemigo recibe cada día nuevas ayudas, en tiempo y material. Pero con nuestro esfuerzo, con nuestro entusiasmo, con nuestro heroísmo, tenemos que saltar por encima de esas dificultades, cruzar las horas críticas que vivimos, para abrir ante nosotros el camino de una mañana riente.

DEBEMOS PROCEDER CUIDADAMENTE

Procederemos cuidadosamente si, conociendo la potencialidad del adversario y sabiendo que sólo con nosotros podemos contar de manera permanente e indubitable, ponemos en tensión todas las energías y utilizamos hasta el último de nuestros recursos. Hasta ahora—confesemoslo—con absoluta sinceridad—no, propiamente así. Perdimos mucho tiempo en vanas discusiones; en maniobras políticas que debieron ser destruidas, al mismo día de julio; en anhelos de hegemonía partidista que, al chocar con el resto de los sectores, levantaban murallas—no por artificiosas menos altas—en nuestra marcha hacia la victoria. Cometimos, también, una gran equivocación: fué nuestro exceso de sentimentalismo, de transparencias de debilidades. Conscientes que en la retaguardia hubiera muchas gentes, improductivas, muchos negociantes, muchos emboscados, muchos diletos, muchos cobardes. Pusimos lo mejor de nuestros hombres en primera línea, nos jugamos la vida en cien ocasiones distintas; pero por un exceso de nobleza, toleramos que tuvieran nula de ociosidad aquellos que llamándose amigos o nuestros, eran enemigos acérrimos que laboraban a nuestra espalda en provecho de los invasores de nuestra país.

Contra todo esto empezamos a reaccionar ahora. Contra las maniobras políticas, y las discusiones estériles, y los anhelos de hegemonía partidista, con el Frente Popular Antifascista y con un Gobierno de guerra, que actúe con toda la dureza y toda la violencia que la guerra precisa y exige. Contra emboscados, señores, malentes y ociosos, con una depuración inflexible de la retaguardia, con una exigencia implacable de que todos los movilizados acepten y cumplan sin pretextos las órdenes de los organismos militares. Son los Sindicatos quienes en esta hora—como en todas las que han sucedido desde el comienzo de la pelea—ocupan la vanguardia. Son los Sindicatos quienes forman divisiones de voluntarios y batallones de fortificadores. Son los Sindicatos quienes empiezan a dar la batalla a fondo, contra la corrupción, y la inmoralidad, y la podredumbre nacidas en la retaguardia.

Hay que crear los CERTIFICADOS DE PRODUCTOR. Pero, acaso no esté aún completa la labor. Todavía queda mucho por hacer, y hemos de hacerlo sin contemplaciones ni debilidades. Cuando un Estado burgués se lanza a una guerra imperialista, decreta inmediatamente la movilización general y emplea con arreglo a sus necesidades a todos los hombres y a todas las mujeres útiles. Nosotros, en plena revolución, soñando una guerra justa e ofensiva de la independencia nacional, no nos hemos atrevido a hacerlo. Todavía quien tiene dinero—aunque nadie lepa cómo lo adquirió—puede permitirse el lujo de vivir de sus rentas, de pasear tranquilamente, de no aportar su contribución personal al esfuerzo que la victoria exige de todos los españoles. Es preciso que empecemos a considerar a todo el mundo como movilizado. Que vayan a los frentes los que se consideran precisos; que trabajen sin descanso en la retaguardia todos los demás. Hace tiempo se trazó un buen camino al exigir un certificado de trabajo. Pero la idea quedó incompleta. Los vagos pudieron burlarla con excesiva facilidad. Aparecieron certificados de trabajo en manos de quienes nunca habían trabajado. Es necesario resucitar la idea. Es menester crear los carnets de certificados de productor, sin el cual no se pueda ni vivir ni comer en la España libre. Pero, para evitar nuevas burlas, habrá que castigar a los falsificadores como reos de alta traición. Si a quien falsificase documentos militares se le fusilara, igual se debe hacer con quien, para rehuir el trabajo, falsee los

certificados de productor y a quien se preste, por amistad o dinero, a ser su auxiliar o cómplice. Esta sería una buena medida. Pero aún lo sería mejor, que los certificados de trabajo estuvieran controlados estrechamente por los Sindicatos. Y que los Sindicatos, previa revisión constante, entregaran a las autoridades a quienes no produjeran o a quien entregara un carnet de trabajo al que ninguna labor útil hubiera desarrollado en su vida.

TIENEN QUE TERMINAR COMPLETAMENTE INTOLERABLES. Este es el camino que debemos seguir sin demoras. Eso y el de no tolerar, bajo pretexto alguno, la existencia de traidores en nuestra retaguardia, aunque se agreden por cosas vanas, lo es el camino de quienes, a lo largo de la historia, han triunfado. A los rebeldes mecos de lucha cruenta, no es admisible ni tolerable que los edificios de comunalidad, legaciones y embajadas, estén llenándose a cada nueva quinta que moviliza el Gobierno. Como no es tolerable que los ayudas extrañas los malos españoles, los desertores de los frentes, los enemigos del pueblo, puedan salir de nuestra zona, para pasar seguidamente a la que controlan italianos y alemanes. Nuestra complacencia en este sentido ha superado todo lo imaginable. Y con esa complacencia tiene que terminar ya un Gobierno de guerra y un pueblo decidido a consagrar todas sus energías a la liberación de su patria, invadida por hordas extranjeras.

La dignificación de la retaguardia, representada inmediatamente en los frentes. No olvidemos que si en estos días puede ganarse una batalla, la guerra en su conjunto sólo la decidirá quien, tiene una retaguardia firme: quien detrás de las trincheras tiene millones de hombres y mujeres trabajando sin tréves ni descanso, con una moral de victoria decidido a vencer o morir. Nosotros, los doce millones de habitantes de la España libre, debemos formar un bloque sólido de una sola voluntad lanzada sobre el blanco de la victoria. Así venceremos. Así tenemos que vencer. Así la victoria no podrá escaparse nunca de entre nuestras manos.

«TOMATE»

El gobernador civil de Madrid ha publicado un bando contra los especuladores, y en él dice: "Es, pues, un deber de ciudadanía, que recuerdo a todos, el denunciar, sin vacilación ni temor alguno, cuantas infracciones y abusos se produzcan en los precios de los artículos; y ha de procurarse que estas denuncias sean lo bastante rápidas y concretas, para que la acción de las autoridades alcance a los infractores y a los que colaboran, para castigarlos con multas como se viene haciendo, o para ponerlos a disposición de los Tribunales que les apliquen el peso de la Ley con todo rigor."

Habiendo así y procediendo como señalan estas palabras es como se gana autoridad ante los ojos del pueblo antifascista.

Se ha ordenado en Austria la detención del arquitecto Otto de Habsburgo, a quien se acusa de delito de alta traición por haber pedido, en una entrevista, auxilio por "la población oprimida de Austria". Como consecuencia del pretexto que se le ha incoado por este asunto, las autoridades "nazis" le han desposeído de todos sus bienes. Buena lección para los demócratas y los socialistas, que jamás se atrevieron, aun presumiendo de revolucionarios, a hacer lo que ha hecho Hitler.

El conflicto metalúrgico de París entra en vías de solución. Y se quiere decir que el partidismo de quienes le crearon al vaciante León Blum graves problemas de carácter social es incapaz de enfrentarse con Daladier. Lamentable consecuencia de que uno solo se mueva cuando le tiran de la cola desde muy lejos del país en que actúa.

Los acuerdos de las Organizaciones obreras, que hoy publica la Prensa madrileña, tienen un auténtico tono de guerra, y se advierte que detrás de ellos se produce una profunda acción eficaz en pro del triunfo. Pero esos desfiles callejeros de chinchin y cartelón, son, en el mejor de los casos, manifestaciones de frialdad o de inconsciencia, impropias de esta ciudad sin retaguardia.

Dice "El Liberal" en su primera plana: "En este día, solemne para los que hemos vivido y luchado por y para España, a la que aprendimos a amar desde niños, contribuyendo tal cual debíamos ser hoy, nos enardece hora tras hora ver que no se ha ver-

ciado ni el triunfo se nos sirva en bandeja de plata. Hemos de seguir un camino tan áspero y tan duro como el recorrido hasta aquí. Más aún porque las dificultades son mayores y el enemigo recibe cada día nuevas ayudas, en tiempo y material. Pero con nuestro esfuerzo, con nuestro entusiasmo, con nuestro heroísmo, tenemos que saltar por encima de esas dificultades, cruzar las horas críticas que vivimos, para abrir ante nosotros el camino de una mañana riente.

DEBEMOS PROCEDER CUIDADAMENTE

Procederemos cuidadosamente si, conociendo la potencialidad del adversario y sabiendo que sólo con nosotros podemos contar de manera permanente e indubitable, ponemos en tensión todas las energías y utilizamos hasta el último de nuestros recursos. Hasta ahora—confesemoslo—con absoluta sinceridad—no, propiamente así. Perdimos mucho tiempo en vanas discusiones; en maniobras políticas que debieron ser destruidas, al mismo día de julio; en anhelos de hegemonía partidista que, al chocar con el resto de los sectores, levantaban murallas—no por artificiosas menos altas—en nuestra marcha hacia la victoria. Cometimos, también, una gran equivocación: fué nuestro exceso de sentimentalismo, de transparencias de debilidades. Conscientes que en la retaguardia hubiera muchas gentes, improductivas, muchos negociantes, muchos emboscados, muchos diletos, muchos cobardes. Pusimos lo mejor de nuestros hombres en primera línea, nos jugamos la vida en cien ocasiones distintas; pero por un exceso de nobleza, toleramos que tuvieran nula de ociosidad aquellos que llamándose amigos o nuestros, eran enemigos acérrimos que laboraban a nuestra espalda en provecho de los invasores de nuestra país.

Contra todo esto empezamos a reaccionar ahora. Contra las maniobras políticas, y las discusiones estériles, y los anhelos de hegemonía partidista, con el Frente Popular Antifascista y con un Gobierno de guerra, que actúe con toda la dureza y toda la violencia que la guerra precisa y exige. Contra emboscados, señores, malentes y ociosos, con una depuración inflexible de la retaguardia, con una exigencia implacable de que todos los movilizados acepten y cumplan sin pretextos las órdenes de los organismos militares. Son los Sindicatos quienes en esta hora—como en todas las que han sucedido desde el comienzo de la pelea—ocupan la vanguardia. Son los Sindicatos quienes forman divisiones de voluntarios y batallones de fortificadores. Son los Sindicatos quienes empiezan a dar la batalla a fondo, contra la corrupción, y la inmoralidad, y la podredumbre nacidas en la retaguardia.

Hay que crear los CERTIFICADOS DE PRODUCTOR. Pero, acaso no esté aún completa la labor. Todavía queda mucho por hacer, y hemos de hacerlo sin contemplaciones ni debilidades. Cuando un Estado burgués se lanza a una guerra imperialista, decreta inmediatamente la movilización general y emplea con arreglo a sus necesidades a todos los hombres y a todas las mujeres útiles. Nosotros, en plena revolución, soñando una guerra justa e ofensiva de la independencia nacional, no nos hemos atrevido a hacerlo. Todavía quien tiene dinero—aunque nadie lepa cómo lo adquirió—puede permitirse el lujo de vivir de sus rentas, de pasear tranquilamente, de no aportar su contribución personal al esfuerzo que la victoria exige de todos los españoles. Es preciso que empecemos a considerar a todo el mundo como movilizado. Que vayan a los frentes los que se consideran precisos; que trabajen sin descanso en la retaguardia todos los demás. Hace tiempo se trazó un buen camino al exigir un certificado de trabajo. Pero la idea quedó incompleta. Los vagos pudieron burlarla con excesiva facilidad. Aparecieron certificados de trabajo en manos de quienes nunca habían trabajado. Es necesario resucitar la idea. Es menester crear los carnets de certificados de productor, sin el cual no se pueda ni vivir ni comer en la España libre. Pero, para evitar nuevas burlas, habrá que castigar a los falsificadores como reos de alta traición. Si a quien falsificase documentos militares se le fusilara, igual se debe hacer con quien, para rehuir el trabajo, falsee los

certificados de productor y a quien se preste, por amistad o dinero, a ser su auxiliar o cómplice. Esta sería una buena medida. Pero aún lo sería mejor, que los certificados de trabajo estuvieran controlados estrechamente por los Sindicatos. Y que los Sindicatos, previa revisión constante, entregaran a las autoridades a quienes no produjeran o a quien entregara un carnet de trabajo al que ninguna labor útil hubiera desarrollado en su vida.

TIENEN QUE TERMINAR COMPLETAMENTE INTOLERABLES. Este es el camino que debemos seguir sin demoras. Eso y el de no tolerar, bajo pretexto alguno, la existencia de traidores en nuestra retaguardia, aunque se agreden por cosas vanas, lo es el camino de quienes, a lo largo de la historia, han triunfado. A los rebeldes mecos de lucha cruenta, no es admisible ni tolerable que los edificios de comunalidad, legaciones y embajadas, estén llenándose a cada nueva quinta que moviliza el Gobierno. Como no es tolerable que los ayudas extrañas los malos españoles, los desertores de los frentes, los enemigos del pueblo, puedan salir de nuestra zona, para pasar seguidamente a la que controlan italianos y alemanes. Nuestra complacencia en este sentido ha superado todo lo imaginable. Y con esa complacencia tiene que terminar ya un Gobierno de guerra y un pueblo decidido a consagrar todas sus energías a la liberación de su patria, invadida por hordas extranjeras.

La dignificación de la retaguardia, representada inmediatamente en los frentes. No olvidemos que si en estos días puede ganarse una batalla, la guerra en su conjunto sólo la decidirá quien, tiene una retaguardia firme: quien detrás de las trincheras tiene millones de hombres y mujeres trabajando sin tréves ni descanso, con una moral de victoria decidido a vencer o morir. Nosotros, los doce millones de habitantes de la España libre, debemos formar un bloque sólido de una sola voluntad lanzada sobre el blanco de la victoria. Así venceremos. Así tenemos que vencer. Así la victoria no podrá escaparse nunca de entre nuestras manos.

«TOMATE»

El gobernador civil de Madrid ha publicado un bando contra los especuladores, y en él dice: "Es, pues, un deber de ciudadanía, que recuerdo a todos, el denunciar, sin vacilación ni temor alguno, cuantas infracciones y abusos se produzcan en los precios de los artículos; y ha de procurarse que estas denuncias sean lo bastante rápidas y concretas, para que la acción de las autoridades alcance a los infractores y a los que colaboran, para castigarlos con multas como se viene haciendo, o para ponerlos a disposición de los Tribunales que les apliquen el peso de la Ley con todo rigor."

Habiendo así y procediendo como señalan estas palabras es como se gana autoridad ante los ojos del pueblo antifascista.

Se ha ordenado en Austria la detención del arquitecto Otto de Habsburgo, a quien se acusa de delito de alta traición por haber pedido, en una entrevista, auxilio por "la población oprimida de Austria". Como consecuencia del pretexto que se le ha incoado por este asunto, las autoridades "nazis" le han desposeído de todos sus bienes. Buena lección para los demócratas y los socialistas, que jamás se atrevieron, aun presumiendo de revolucionarios, a hacer lo que ha hecho Hitler.

El conflicto metalúrgico de París entra en vías de solución. Y se quiere decir que el partidismo de quienes le crearon al vaciante León Blum graves problemas de carácter social es incapaz de enfrentarse con Daladier. Lamentable consecuencia de que uno solo se mueva cuando le tiran de la cola desde muy lejos del país en que actúa.

Los acuerdos de las Organizaciones obreras, que hoy publica la Prensa madrileña, tienen un auténtico tono de guerra, y se advierte que detrás de ellos se produce una profunda acción eficaz en pro del triunfo. Pero esos desfiles callejeros de chinchin y cartelón, son, en el mejor de los casos, manifestaciones de frialdad o de inconsciencia, impropias de esta ciudad sin retaguardia.

Dice "El Liberal" en su primera plana: "En este día, solemne para los que hemos vivido y luchado por y para España, a la que aprendimos a amar desde niños, contribuyendo tal cual debíamos ser hoy, nos enardece hora tras hora ver que no se ha ver-

ciado ni el triunfo se nos sirva en bandeja de plata. Hemos de seguir un camino tan áspero y tan duro como el recorrido hasta aquí. Más aún porque las dificultades son mayores y el enemigo recibe cada día nuevas ayudas, en tiempo y material. Pero con nuestro esfuerzo, con nuestro entusiasmo, con nuestro heroísmo, tenemos que saltar por encima de esas dificultades, cruzar las horas críticas que vivimos, para abrir ante nosotros el camino de una mañana riente.

DEBEMOS PROCEDER CUIDADAMENTE

Procederemos cuidadosamente si, conociendo la potencialidad del adversario y sabiendo que sólo con nosotros podemos contar de manera permanente e indubitable, ponemos en tensión todas las energías y utilizamos hasta el último de nuestros recursos. Hasta ahora—confesemoslo—con absoluta sinceridad—no, propiamente así. Perdimos mucho tiempo en vanas discusiones; en maniobras políticas que debieron ser destruidas, al mismo día de julio; en anhelos de hegemonía partidista que, al chocar con el resto de los sectores, levantaban murallas—no por artificiosas menos altas—en nuestra marcha hacia la victoria. Cometimos, también, una gran equivocación: fué nuestro exceso de sentimentalismo, de transparencias de debilidades. Conscientes que en la retaguardia hubiera muchas gentes, improductivas, muchos negociantes, muchos emboscados, muchos diletos, muchos cobardes. Pusimos lo mejor de nuestros hombres en primera línea, nos jugamos la vida en cien ocasiones distintas; pero por un exceso de nobleza, toleramos que tuvieran nula de ociosidad aquellos que llamándose amigos o nuestros, eran enemigos acérrimos que laboraban a nuestra espalda en provecho de los invasores de nuestra país.

Contra todo esto empezamos a reaccionar ahora. Contra las maniobras políticas, y las discusiones estériles, y los anhelos de hegemonía partidista, con el Frente Popular Antifascista y con un Gobierno de guerra, que actúe con toda la dureza y toda la violencia que la guerra precisa y exige. Contra emboscados, señores, malentes y ociosos, con una depuración inflexible de la retaguardia, con una exigencia implacable de que todos los movilizados acepten y cumplan sin pretextos las órdenes de los organismos militares. Son los Sindicatos quienes en esta hora—como en todas las que han sucedido desde el comienzo de la pelea—ocupan la vanguardia. Son los Sindicatos quienes forman divisiones de voluntarios y batallones de fortificadores. Son los Sindicatos quienes empiezan a dar la batalla a fondo, contra la corrupción, y la inmoralidad, y la podredumbre nacidas en la retaguardia.

Hay que crear los CERTIFICADOS DE PRODUCTOR. Pero, acaso no esté aún completa la labor. Todavía queda mucho por hacer, y hemos de hacerlo sin contemplaciones ni debilidades. Cuando un Estado burgués se lanza a una guerra imperialista, decreta inmediatamente la movilización general y emplea con arreglo a sus necesidades a todos los hombres y a todas las mujeres útiles. Nosotros, en plena revolución, soñando una guerra justa e ofensiva de la independencia nacional, no nos hemos atrevido a hacerlo. Todavía quien tiene dinero—aunque nadie lepa cómo lo adquirió—puede permitirse el lujo de vivir de sus rentas, de pasear tranquilamente, de no aportar su contribución personal al esfuerzo que la victoria exige de todos los españoles. Es preciso que empecemos a considerar a todo el mundo como movilizado. Que vayan a los frentes los que se consideran precisos; que trabajen sin descanso en la retaguardia todos los demás. Hace tiempo se trazó un buen camino al exigir un certificado de trabajo. Pero la idea quedó incompleta. Los vagos pudieron burlarla con excesiva facilidad. Aparecieron certificados de trabajo en manos de quienes nunca habían trabajado. Es necesario resucitar la idea. Es menester crear los carnets de certificados de productor, sin el cual no se pueda ni vivir ni comer en la España libre. Pero, para evitar nuevas burlas, habrá que castigar a los falsificadores como reos de alta traición. Si a quien falsificase documentos militares se le fusilara, igual se debe hacer con quien, para rehuir el trabajo, falsee los

certificados de productor y a quien se preste, por amistad o dinero, a ser su auxiliar o cómplice. Esta sería una buena medida. Pero aún lo sería mejor, que los certificados de trabajo estuvieran controlados estrechamente por los Sindicatos. Y que los Sindicatos, previa revisión constante, entregaran a las autoridades a quienes no produjeran o a quien entregara un carnet de trabajo al que ninguna labor útil hubiera desarrollado en su vida.

TIENEN QUE TERMINAR COMPLETAMENTE INTOLERABLES. Este es el camino que debemos seguir sin demoras. Eso y el de no tolerar, bajo pretexto alguno, la existencia de traidores en nuestra retaguardia, aunque se agreden por cosas vanas, lo es el camino de quienes, a lo largo de la historia, han triunfado. A los rebeldes mecos de lucha cruenta, no es admisible ni tolerable que los edificios de comunalidad, legaciones y embajadas, estén llenándose a cada nueva quinta que moviliza el Gobierno. Como no es tolerable que los ayudas extrañas los malos españoles, los desertores de los frentes, los enemigos del pueblo, puedan salir de nuestra zona, para pasar seguidamente a la que controlan italianos y alemanes. Nuestra complacencia en este sentido ha superado todo lo imaginable. Y con esa complacencia tiene que terminar ya un Gobierno de guerra y un pueblo decidido a consagrar todas sus energías a la liberación de su patria, invadida por hordas extranjeras.

La dignificación de la retaguardia, representada inmediatamente en los frentes. No olvidemos que si en estos días puede ganarse una batalla, la guerra en su conjunto sólo la decidirá quien, tiene una retaguardia firme: quien detrás de las trincheras tiene millones de hombres y mujeres trabajando sin tréves ni descanso, con una moral de victoria decidido a vencer o morir. Nosotros, los doce millones de habitantes de la España libre, debemos formar un bloque sólido de una sola voluntad lanzada sobre el blanco de la victoria. Así venceremos. Así tenemos que vencer. Así la victoria no podrá escaparse nunca de entre nuestras manos.

«TOMATE»

El gobernador civil de Madrid ha publicado un bando contra los especuladores, y en él dice: "Es, pues, un deber de ciudadanía, que recuerdo a todos, el denunciar, sin vacilación ni temor alguno, cuantas infracciones y abusos se produzcan en los precios de los artículos; y ha de procurarse que estas denuncias sean lo bastante rápidas y concretas, para que la acción de las autoridades alcance a los infractores y a los que colaboran, para castigarlos con multas como se viene haciendo, o para ponerlos a disposición de los Tribunales que les apliquen el peso de la Ley con todo rigor."

Habiendo así y procediendo como señalan estas palabras es como se gana autoridad ante los ojos del pueblo antifascista.

fácil ni el triunfo se nos sirva en bandeja de plata. Hemos de seguir un camino tan áspero y tan duro como el recorrido hasta aquí. Más aún porque las dificultades son mayores y el enemigo recibe cada día nuevas ayudas, en tiempo y material. Pero con nuestro esfuerzo, con nuestro entusiasmo, con nuestro heroísmo, tenemos que saltar por encima de esas dificultades, cruzar las horas críticas que vivimos, para

